

Los hipopótamos de Pablo Escobar, 40 años de un grave problema ambiental

el Latino Semanal

En los años ochenta, cuatro hipopótamos desembocaron en Colombia como un capricho exótico de un temido narcotraficante. Más tarde, Pepe —un descediente de Pablo— se convirtió en el más famoso de la manada cuando lo capturaron. Desde entonces, el país ha cambiado de Constitución, de presidentes y de guber-naciones, pero cuatro décadas —y varios correspondientes— después, el titular sigue intacto: "Colombia no sabe qué hacer con los hipopótamos de Pablo Escobar". Da igual cuánto lea esto.

La historia comenzó en la Hacienda Nápoles, a 150 kilómetros de Medellín, donde Escobar —poseído por el espíritu de un Noé mega-lómano— montó un zoológico privado con rinocerontes, elefantes y otros bichos comprados

ESCUCHALO AQUÍ* en el mercado ilegal internacional. Los hipopótamos encontraron en el entorno del río Magdalena un paraíso inesperado: agua abundante, ausencia de depredadores y un clima perfecto para reproducirse. Tras la caída de Escobar y el abandono de la hacienda, algunos escaparon de los estanques que los contenían y tomaron el río. Y, con el tiempo, los cuatro se volvieron numerosas. Hoy son 169. Serán 1.000 en 2035. Y, si no se hace nada, se contará 1.300 en 2060.

Los hipopótamos han vuelto a la conservación pública. Si es que alguna vez se fueron. El Gobierno de Gustavo Petro, ya en su recta final, tampoco ha logrado resolver el problema de la especie invasora más célebre —y pesada— del país. A finales de noviembre, El Espectador les dedicó un extenso reportaje que abría con la historia de



Algunas mujeres no pueden cumplir con sus rutinas diarias y, a menudo, tienen pensamientos recurrentes de suicidio

Luis Díaz, un campesino analfabeto atacado por un hipopótamo mientras recolectaba agua en el charco de una finca, una mañana de mayo de 2020. Casi lo mata. "Todo el primer año no podía escuchar el nombre del animal porque se ponía a llorar", contaba su madre.

El reportaje trataba también el mapa de las posibles salidas, todas conocidas y todas problemáticas. La



anti-concepción con un fármaco que requiere varias dosis —y que cuesta un dineral— logaría la erradicación en unos 45 años. La captura y este-ri-lla-ción, que requiere al menos de 12 personas y seis horas de cirugía nocturna en un animal de tres toneladas, es un esfuerzo titánico. O

la eutanasia, defendida por parte de la comunitad científica

como la vía más eficaz, pero que tiene en contra a los sectores progresistas y animalistas de la sociedad colombiana. En ese enredo anda el Gobierno de Petro, que prometió una estrategia defensiva y respetuosa con los peligrosos hipopótamos: trasladar una parte de la población a santuarios en el exterior y controlar el

resto con anti-conceptivos. Se habló con Ecuador, Perú, Filipinas o la India, pero ningún país ha cerrado el trato: es un problema también para ellos. Los científicos critican que

más allá de la intención no hay plan, ni plazos, ni financiación. Mientras tanto, la población crece, las especies endémicas están amenazadas, los ataques se repiten y cre-

vez. De hecho, hace solo unas semanas varios artistas colombianos, inspirados en los hipopótamos, inauguraron una exposición que juega con tapetes, fotografías, cuadros y hasta boñigas del animal, que han resultado ser el hábitat ideal para un hongo alucinógeno. Para rematar el simbolismo, el artista Camilo Restrepo presentó los excrementos en forma de faros.

Colombia, siempre hábil en explotar su contradicción. Un país que convierte el problema en metáfora, en objeto estético, en reflexión incómoda de su propia historia. En memoria. Da igual cuándo lea esta carta: los hipopótamos —y, de algún modo, todo lo que los trajo hasta aquí— seguirán ahí.

La Oración de protección

La Luz de Dios me rodea; el amor de Dios me envuelve; el poder de Dios me protege; la presencia de Dios vela por mí. ¡Dondequiera que estoy, está Dios!